



Expedición Literaria

Expedición Literaria

Experiencia de escritura colectiva y colaborativa con jóvenes de Medellín





Corporación Consonante (1985)

Libro Expedición Literaria / Compilación Corporación Consonante; ilustración Daniel Sebastián Echeverry; Loaiza Calle, Sabrina; [et. al.]. – Medellín: Corporación Consonante, 2022.

47 páginas: ilustraciones a color

ISBN 978-958-53480-2-8

1. Cuentos juveniles antioqueños 2. Mujeres 3. Literatura - Mujeres

Co 863 C822

Título: Expedición Literaria

Copyright © Corporación Consonante, 2022

Proyecto ganador de la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura 2021. Secretaría de Cultura Ciudadana. Alcaldía de Medellín.

Revisión de estilo: Manuela Arango Restrepo

Ilustración y cubierta: Daniel Sebastián Echeverry Arango

Diagramación: Leonardo Sánchez Perea



Esta publicación está bajo una licencia @BY-NC-ND 4.0

Está prohibida la generación de obras derivadas, así como el uso comercial de la obra. Se permite usar su contenido dando crédito de manera adecuada con fines educativos y culturales.

Contenido

Prologo. La invencion del asombro	6
Presentación	10
¿Quién es Felipe? Sabrina Loaiza Calle María Paulina Suescún Henao Sebastián Santamaria Presiga	12
Ritmo a destiempo Manuela Andrea García Jaramillo Daniela Uribe Naranjo Carolina Barragán Ardila	14
¿Qué le habrá pasado al llavero? Andrés Felipe Peñuela Cartagena Yaritza García Muñoz Jamiltón Ortiz Quintero	16
El madrigal de la calle 60 ¿Imaginás unir nuestros sueños en ríos de amor? Juliana García Hurtado Juan Carlos Restrepo Rico	20
¿Dónde está Amador, el viejo Roma? Manuela Arredondo Silva Valentina Londoño Londoño José Carlos Serpa López	22
Las setecientas Sabrina Loaiza Calle	24
La gata entre mis piernas Daniela Uribe Naranjo	26

Texto de: Carolina Barragán Ardila	28
Entre siluetas y sombras Manuela Arredondo Silva	30
Caronte Juan Carlos Restrepo Rico	32
El último recuerdo Luisa Fernanda Garcés Ochoa	34
Los monstruos matan de formas violentas y espectaculares <i>Juliana Orrego Bernal</i>	36
La Niña de Ojos Azules Laura Sofia Cano Pulgarín	38
Me acaricio en la revolución de la palabra Juliana García Hurtado	40
Todo show debe terminar Andrés Felipe Peñuela Cartagena	42
Sólo quería desayunar María Paulina Suescún Henao	44

Prólogo

La invención del asombro

¿Qué es una expedición? Tiene que ser, ante todo, un viaje a lo desconocido, a lo inesperado, a lo que va apareciendo. Puede conducirnos a la espesura de la selva, al llano inmenso, a la conquista de la montaña, al complejo laberinto de calles, pasadizos, escaleras, cuevas, alcantarillas, edificios, estatuas y cuadras con que se arman las ciudades modernas; podría tratarse de la búsqueda del origen que va creando el ancho río, de la misma invención de la naturaleza, como se dirá de la expedición de Alexander Von Humboldt por América; o del encuentro con una nación presentida –codiciada por tantos en su insospechada riqueza –, como en el caso de la Expedición Botánica que emprenden José Celestino Mutis y sus compañeros de aventura. Una expedición es, ya en la naturaleza como en la literatura, la contemplación consciente y apasionada de lo bello, el camino de la creación habitado por el asombro.

Mas, ¿cómo ha de hacerse una expedición? No sin unas cuantas dosis de sacrificio. La Expedición Botánica arrancó en 1783, Mutis llevaba 23 años solicitando la licencia sin lograr que ni Bogotá, ni Madrid la aprobaran. Arranca su travesía con un puñado de amigos y estudiantes de la Universidad del Rosario que, al escucharle, quizá se convencieron que en el hombre maduro había más verdad que mentira, que en toda expedición no solo se crea el conocimiento, sino que se conocen los límites de nuestras fortalezas y capacidad de descubrir, forjar y transformar. Se acudió a cartógrafos, y a los mejores dibujantes, ilustradores y pintores, a guías e intérpretes, a cocineros, aguadores, cargueros y muleros. No solo era una expedición, se trataba del primer reportaje gráfico de Colombia.

Una expedición bien puede hacerse en solitario, es lo propio del aventurero que emprende el viaje sin más equipaje que un pequeño morral al hombro, sometido a los rigores del clima o a los peligros desconocidos del camino que ha elegido. Pero las grandes expediciones llevan años de preparación y de estudio, se elaboran mapas y se trazan rutas, se advierten los posibles

obstáculos, se empacan reservas para las fatigantes jornadas y, con precisión, se asignan tareas, se crea una red de solidaridad y colaboración sin el cual ningún viaje en compañía es posible.

Porque todo viaje, como lo es una expedición, no es más que el trámite de la contingencia, de lo imprevisto, la resolución de pequeños problemas que, no atendidos a tiempo, pueden dar al traste con los resultados de tan alta empresa.

Este es, en amplio sentido, el espíritu que animó a la *Expedición Literaria*, cuyos resultados ahora pueden apreciarse en este grupo de historias hechas a una, a dos a tres manos, por un grupo de jóvenes expedicionarios que temerarios, como es casi siempre todo acto de creación, se han lanzado a escribir sus primeros textos, para algunos, a pulir sus intuiciones más elaboradas y, en cualquier caso, a asumir uno de los retos más complejos de la creación literaria: el de la escritura conjunta, donde más que la unión de tres esferos y quince dedos, se combinan tres mentes para encontrar una intención, una idea y lograr darle vida a esa premisa de todo acto creador del relato: contarnos un cuento con coherencia, verosimilitud y sentido.

Claro es que toda expedición implica un viaje, pero hay, cuanto menos, dos formas de ese viajar: aquella que se vale de una libreta de apuntes o una cámara y consiste en salir a la calle a descubrir el paisaje, a contemplar el horizonte, a hacerse preguntas sobre tal o cual señal, sobre la huella en el pantano, la inscripción funeraria o el ojo inquisidor que mira por encima del arco de la puerta. Después, insistimos, viene el asombro, requisito sine qua non del acto creador.

Pero es claro que, incluso echados sobre la cama, más en noches de insomnio, se viaja también en la imaginación, alimentada por la escritura y la lectura, por las imágenes y los sonidos. A escribir buenas historias -es lección de principiantes en el oficio -, cualquiera sea el género o el estilo, se llega por dos vías: leyendo buenas historias y escribiendo con rigor y disciplina, volviendo la mirada sobre el texto, rayándolo, rompiéndolo, armando los pedazos que quedan de sus múltiples naufragios en órdenes diversos y, por lo general, caprichosos: jugando nuestra propia rayuela.

En ese sentido, los textos aquí reunidos reflejan también esas trayectorias vitales y literarias de sus viajantes. A algunos se les nota lo caminado, sorprenden en el dominio de la técnica, en la imaginación desbordada, y en la

intensidad y tensión del relato. Otros textos, menos acabados, alcanzaron a estar en esta selección por el mérito de su originalidad o porque, recurriendo quizá al lugar común, logran ofrecernos otras salidas y formas de lo narrativo y del tiempo kairós de la perfección y las circularidades.

Maestros mentores en el oficio del viajar entregaron a los expedicionarios sendas recomendaciones y dotaron la experiencia de intencionalidad con una suerte de premisas narrativas: los sobrenombres, apodos, alias o remoquetes con que solemos designar al otro; el ritmo o el movimiento que bien habita los cuerpos, como a los espacios y a las palabras, la revolución de las pequeñas causas y los objetos sin valor, el último recuerdo de un hombre el día de su muerte, los secretos encontrados en una Caja de Pandora olvidada, la carta escrita para perdonar una ofensa que jamás llegó a su destinatario. A ello se unieron los propios mundos de los escritores, movidos por las pasiones e ideales que habitan la palabra escrita desde La epopeya de Gilgamesh: la vida y la muerte, el amor y el odio, la soledad y la presencia, la llegada y la huida, traición y venganza, deseo y pasión, juego, tedio, salida hacia la nada...

Habrá advertido el lector que no hemos reparado en un elemento fundamental de toda expedición: un inspirador, un mentor sin cuya decidida voluntad no sería posible una hazaña por esencia costosa. A Humboldt lo precedía un apellido, una fortuna heredada, el mismo era, a una vez, mecenas y genio expedicionario; Mutis acudió al Virrey, a la Corona, a la burguesía criolla e intelectual que estaba dispuesta a apostarlo todo en una aventura que les enseñaría el valor y el sendero de su libertad.

Detrás de esta Expedición Literaria 2021 habitan cinco almas consonantes, sensibles al poder de una historia, conocedoras de la capacidad creadora del alma juvenil, de estas juventudes pecosas, diversas, transgresoras, habitantes de un mundo sin paradigmas, urgidas de la conversa y de la escucha, de tejer la palabra y vaciar en el relato esa cantera de emociones que oprimen, ese hastío de la sociedad del cansancio, esas miradas, desencantadas, a veces optimistas y esperanzadas, sobre los tiempos que corren.

Ha atracado la expedición a puerto seguro, se arroja el ancla y se enrollan las velas. Los viajeros vienen cargados de imágenes rutilantes, paraísos desconocidos, relatos, canciones, versos, leyendas que alguien contó a la orilla de un camino, de nuevas preguntas que ahora definen su existencia.

Los editores pulen los textos, los impresores le dan forma, artistas del color otorgan sentido a cada historia con ilustraciones que han capturado un instante para la memoria universal. Con tales antecedentes, pronto, nuevos viajeros ansiosos también de aventuras, se enlistarán para la partida. Por ahora, que ruede libre la palabra, lo demás ha de ocurrir por cuenta de un cómplice imprescindible, tú, querido lector.

Julio César Orozco Ospina

Jurado y Lector de la Expedición Literaria

Medellín, 2021.

Presentación

La presente publicación fue realizada por la Corporación Consonante, organización sin ánimo de lucro, con 36 años de trayectoria, dedicada a crear y promover procesos, proyectos y experiencias de educación, comunicación, arte y cultura en favor de la potenciación de capacidades creativas y del bienestar integral.

Durante el año 2021 la corporación desarrolló la primera versión de Expedición Literaria, proyecto ganador de la Convocatoria de Fomento y Estímulos para el Arte y la Cultura, de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, en la modalidad Apoyos Concertados. Un viaje por el mundo de las palabras, que tuvo como propósito incentivar la escritura colectiva y colaborativa mediante una jornada de desafíos creativos orientados a jóvenes de la ciudad, especialmente habitantes de los cinco corregimientos, con gusto e interés por la literatura, las historias y el intercambio de saberes.

Este proyecto fue inspirado en el Mundial de Escritura de Argentina, cuya experiencia convoca a personas de diferentes países a participar durante dos semanas en una competición literaria, escribiendo de manera individual, pero sumando puntos a una meta colectiva. Para el caso de la Expedición Literaria, realizamos una versión adaptada al contexto de la ciudad y sus dinámicas juveniles, contando con la fortuna de tener a dos exponentes de esta importante experiencia compartiendo con los y las participantes de Medellín, a través del seminario preparatorio sobre escritura colectiva realizado previamente a la jornada de desafíos.

Considerando el momento histórico disruptivo que vivimos como humanidad y en clave de la diversidad de geografías humanas y rurales de Medellín, invitamos a las juventudes a narrar sus territorios desde sus imaginarios, estéticas, identidades y ficciones, explorando una metodología de escritura innovadora que trasciende la estructura lineal del canon. Los retos creativos, de tipo individual y colectivo, fueron construidos y orientados por reconocidos escritores nacionales e internacionales quienes, a partir de diferentes premisas narrativas, motivaron a los y las jóvenes a crear historias mientras se divertían.

Agradecemos a los escritores Santiago Llach (Argentina), Catalina Lascano (Argentina), María Eva Álvarez (Argentina), Amalia Lú Posso Figueroa, Catalina Navas, Hernando González y David Gil. Así mismo, a los jurados Julio César Orozco Ospina, Juan Pablo Hernández y Sandra Zuluaga por sumarse a esta experiencia estética, que, sin duda, contribuye al reconocimiento de las subjetividades juveniles y a la promoción de sus vocaciones creativas, dando valor al encuentro con otros y otras para fortalecer la capacidad de mirarse a sí mismos(as). Nuestro compromiso será continuar posicionando y potenciando la palabra como dispositivo de mediación, importante y necesario, para reinventar nuestras realidades y construir mejores diálogos sociales en favor de la vida y la paz.

¿Quién es Felipe?

- -¿Quiubo, Flaco? ¡Qué milagro que la mamá lo dejó salir! -dice el Gordo.
- -Cuál, ome, Gordo. Si usted sólo viene cuando sabe que vamos a hacer vaca.
- —Vea que hoy todos estamos firmes. Ahí viene 20%, parece que se ganó unas lucas apostando; ese man tiene mucha chepa.
- -iOe! ¿Qué quieren comer hoy? −propone 20% mostrando unos billetes de dos mil.
- −¿Quién va a invitar? −dicen Riflazo y Carepuño en coro.

El combo de pelaos se dirige a la panadería de doña Estela. Luego de mecatear pasteles de arequipe con tampico, 20% les propone inscribirse a un torneo de micro, aunque necesitan la plata para la inscripción.

Hay algo que todos tienen en común, ninguno tiene dónde caerse muerto. Difícilmente tienen el dinero de los algos.

- -iDe una! -dice el Gordo.
- -iParce, se tienen las lucas! -dice 20% Yo las consigo.
- -iUy, nea! Voy a ver qué hago -agrega el Flaco.
- -Yo creo que tengo en la alcancía -dice Carepuño.
- —iUy! Espero que con lo de las devueltas de los mandados me alcance, pero no garantizo nada —expresa Riflazo.

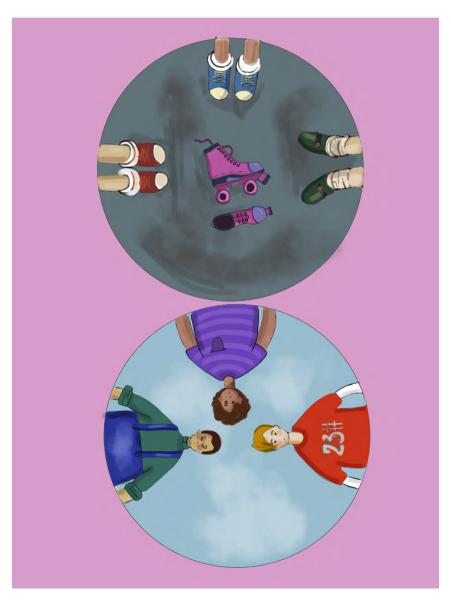
Todos se despiden y quedan de verse a las cuatro de la tarde en la cancha. Cada uno coge por su lado. A la hora pactada, llegan con el dinero para la inscripción.

Inicia el torneo, el Gordo al arco, Riflazo delantero y el Flaco, el único zurdo, por la izquierda. Uno a cero abajo. En el calor del juego, aparece una señora emberracada y para el partido.

-i¿Dónde está Felipe?! iMe empeñó los patines para pagar esta pendejada!

Todos los jugadores se miraron asustados. El combo de amigos salió corriendo y los rivales, hasta el día de hoy, no saben a quién le iban a dar la pela.

Sabrina Loaiza Calle María Paulina Suescún Henao Sebastián Santamaria Presiga



Ritmo a destiempo

Ritmo no tengo. Me tomó tiempo darme cuenta de esto, después de ver por años a compañeros del colegio, amigos y familia realizar actividades que nunca podía seguir.

En la mayoría de juegos infantiles y deportes no lograba coordinar más de tres movimientos juntos, por eso sólo era buena para el atletismo. En reuniones y fiestas permanecía negada para el baile, sin comprender el tal compás o dónde cierto instrumento marcaba la pauta. Incluso, recuerdo las risas de Juan en la iglesia porque ni para aplaudir cánticos cristianos me servían las palmas. O la semana pasada cuando un profesor comentó, a modo de chiste, que tengo problemas de percepción. iSi supiera!

Sin embargo, soy otras formas del ritmo:

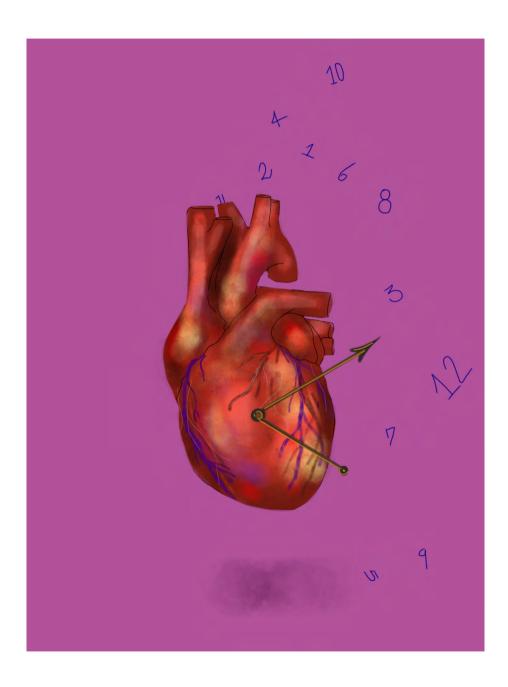
A veces se aceleran mis manos, se vuelven ágiles para inventar mezclas de sabores y para reparar objetos viejos. Creo en lo que pueden lograr o curar mis manos como otro ritmo.

A veces soy lentitud al mirar a los que amo. Me poso y reconozco el signo de los años en la cara de él. Me vuelvo lenta al caminar con mamá, y me fijo en sus manos, antes ágiles como las mías, hoy lentas y frágiles.

Y mi ritmo contigo a la hora de hacer el amor. Ese amor que hemos formado por mucho tiempo y que el tiempo mismo nos dice que está bien. Este es un bien que le hacemos al mundo de creer de nuevo en el amor. Ese yo que pide a gritos por tu cuerpo, ese cuerpo que suda y suda en cualquier momento, corriendo, riendo, gozando la vida, esa vida con tantos colores, sabores, música y paz.

Amo mis diferentes ritmos.

Manuela Andrea García Jaramillo Daniela Uribe Naranjo Carolina Barragán Ardila



¿Qué le habrá pasado al llavero?

Estoy sentado con el pelo mojado.

−¿Andrés?

-Presente.
–¿Julián?
-Presente.
−¿Verónica?
—No ha llegado.
−¿Cuál Verónica?
—Felipe, la chiqui.
—No la recuerdo.
—Siempre andaba con la monjita.
—iAh sí! Siempre me acuerdo de la monja, pero no del llavero.
−¿Qué le pasaría?
—No sé, pero mírale las medias a la monja.
−Marica, ¿eso es sangre?
Una ausencia sin importancia.

−¿Andrés?
-Presente.
—¿Julián?

Expedición Literaria

Presente.
−¿Verónica?
—No ha llegado
—Ya van dos días. La mamá vino a preguntar por ella, no aparece.
—Pacho me contó que la monja estuvo en la coordinación. Le preguntaron por ella y no supo responder.

−¿Andrés?
—Presente.
−¿Julián?
—Presente.
−¿Verónica?
—No ha llegado
—Parce, se acabó la semana y no aparece Vero.
—Pensemos en la exposición del lunes
−¿Usted ya compró la cartulina?
—No, la compramos mañana donde Doña Rosa.

Nunca me fijé en Vero. Sus comentarios pasados de tono nunca me gustaron. Alguna vez se sobrepasó conmigo, por eso empecé a ignorarla y muchos hicieron lo mismo.
−¿Si trajiste los marcadores?
—iNada!
—Le tocó comprarlos.

Expedición Literaria

—Relájese, camine compremos eso.
−Ve, ahí va la monja.
—iAy sí! ¿Por qué irá tan acelerada?
—Le va a romper ese cloro a la mamá.
−¿Cloro? Eso no es pa' la mamá. Ella no vive por allá.

−¿Andrés?
Presente.
-¿Julián?
—Presente.
−¿Verónica?
—No ha llegado.
−¿Alguno de ustedes sabe algo de Verónica? Hoy es su cuarta falta.
Las piernas de Salomé estuvieron mucho más inquietas esa mañana que las demás.
−Salomé, otra vez, como en la coordinación ¿Qué fue lo último que supo de ella?

−¿Cuándo fue la última vez que la vio?
—Fue el martes. Me despedí de ella con 45 paladas de tierra después de clavarle en el pecho la vara con la que me obligó a despedir mi niñez.
Andrés Felipe Peñuela Cartagena
Yaritza García Muñoz
Jamiltón Ortiz Quintero



El madrigal de la calle 60 ¿Imaginás unir nuestros sueños en ríos de amor?

El cuerpo, ese que te arrebataron, bailó conmigo esa noche, ¿lo recordás?

Tararán, rarán, tarararán. Estando contigo me olvido de todo y de mí, tururúnn, parece que todo lo tengo teniéndote a ti...

¿Hacés memoria de esa melodía tan nuestra? Se escuchaba —cuando tu cuerpo sin orificios ni sangre estaba palpándome—los latidos de tu corazón. Tuntún, tuntún.

Estaba acelerado, lo sé. Mi cuerpo pareciera ahora ser un desquiciado a quien le han arrancado el eco de su memoria y corre, encadenando en sus arterias su deshilachada verdad. Fuimos locos, ingenuos y enfermos de amor los meses posteriores a esa danza tan sentida en el bar Caláz de la calle 60.

Este que es mi cuerpo, lamentablemente no ha dejado de pertenecerme después de tus mil doscientas caricias y tus cuatro disparos: pierna derecha, vientre, testículos y sien. Pienso que no les alcanzó con perforarme la infancia, desterrarme y enterrarme, sin vergüenza, el odio en la vulva. No les fue suficiente, porque hoy en la trágica escena de tu desgraciada muerte, volaban las golondrinas en lo alto de la torre de la iglesia. Escoltaban el bullicio de las campanas de las seis de tarde, con el público que había decidido quedarse expectante en la plaza La Misericordia. Te dejaron con cuatro huecos inhumanos y un charco de sangre haciéndote compañía.

Arruinando esta vida que tengo y no puedo vivir, ¿recordás a Madrigal? Lo estoy escuchando, se me arruga el corazón y se me estremece la voz al cantar tu olvido. Porque llevo tu amor en mi pecho como un madrigal...

El bolero nuevamente acabó, y el beso de la noche del nueve de octubre se me ha inmortalizado para siempre.

Juliana García Hurtado Juan Carlos Restrepo Rico



¿Dónde está Amador, el viejo Roma?

En una tarde nublada, Roma se encontraba contemplando el llanto del cielo, y sus lágrimas recorrían los espejos de la ventana color marrón. Sus manos eran grietas de historias que narraban los más melancólicos versos. En ellas, guardaba el secreto de una noche celestial en la cima de la montaña. Abrigaba el aroma de un libro frente a los sonidos chispeantes de la fogata. Sus ojos se encontraban vidriosos y pálidos por el frío, húmedos al recordar aquel tiempo efímero cuando París lo nombró por primera vez Roma; mi querido viejo.

En una tarde soleada, París se encuentra en la finca los recuerdos. Junto al álbum familiar y abrazado entre montañas rememora las aventuras con Roma y las risas melódicas que brotaban de su ser. Junto a él, juegos de mesa adornados por el humo asfixiante de la pipa de Roma y una habitación desecha en fotografías y periódicos viejos llenaban aquel espacio lúgubre de compañía. Los tangos palpitaban ese vals de añoranza. El olor a café recorría su pequeño cuerpo cuál viento de media tarde.

Hoy de Roma sólo quedan los trozos de una taza de Café. Se ha marchado de aquella ventana marrón, el humo de su pipa lo disuelve en el tiempo. Las palabras, fugaces como aquellos relámpagos de dolor, iluminan su camino.

Manuela Arredondo Silva Valentina Londoño Londoño José Carlos Serpa López



Las setecientas

Siempre habían vivido hacinadas. Era una celda donde sólo podían ponerse de pie o sentarse, pues el cuerpo de las demás les impedía moverse.

Las alimentaban sobras que quedaban de otros platos.

Cada dos días salía una de ellas. No sabían que ocurría afuera, lo único seguro era que no volvería.

Una mañana 73 se puso de pie, mientras una mano entraba a la celda y agarraba por el cuello a 72. 73 pudo ver el temor en sus ojos. Sabía que en dos días ella sería la siguiente.

No iba a permitir que ella, ni sus 700 compañeras, pasaran por aquella atrocidad. Con sólo escuchar aquellos cacareos desgarradores sabían que no era nada bueno.

Convenció a las demás para enfrentarse a la mano asesina.

A los dos días, mientras se acercaban al cuello de 73, los asesinos recibieron centenares de picotazos y soltaron el cuello que sujetaba. Aprovechando la puerta abierta, todas salieron. Se encontraron con un hombre pestilente, se abalanzaron contra él y lo picotearon hasta sacarle los ojos. A pesar de los gritos de este, ellas no se detenían. El hombre no gritó más.

Sabrina Loaiza Calle



La gata entre mis piernas

Hace un par de semanas cambiaron las tejas del patio. Reemplazaron las tejas opacas, amarillentas, sucias, cristalizadas y rotas por el clima, por unas transparentes de policarbonato. Así que sí, es como ver mejor el cielo, ver mejor la lluvia y ver mejor el blanco absoluto cuando hay neblina.

El patio se convirtió realmente en el único lugar cálido de la casa fría y la gata lo sabe y lo disfruta. La imito, a eso de las 11:30 a.m. me recuesto en las baldosas rojas con relieve para calentarme los pies, congelados desde las siete.

Acompaño a la gata, que espera impaciente el sol desde las ocho. Ya tiene el pelaje blanco hirviendo y los ojos más verde oliva y brillantes que nunca. Me ve llegar y recostarme como si fuera la playa, espera unos instantes y comienza a frotarse en mis piernas o en mi cara, exigiendo mimos que le doy con firmeza.

Ambas disfrutamos del sol calentando la piel gélida, propia de una casa a la sombra. Espero que, al morir, se me caliente el alma como lo hace el cuerpo en el patio con Lulú.

Daniela Uribe Naranjo



Texto de: Carolina Barragán Ardila

Cuando las cerezas de café apenas entran a la madurez, ya están rojos, redondos y deben iniciar la vida del adulto Grano de café.

Ha sido descrita así: caída libre en tobogán, extenuante rotación bajo el sol y entrada en gigantes estruendosas. Dicen que destellan y ruidan fuerte porque su proceso es el que define qué tan grano eres.

Pocos frutos lograron desprenderse del ramo familiar antes del anuncio de la adultez y muchos menos adeptos. Todavía algunos se rehúsan al estruendo de las gigantes porque aseguran que ser grano de café no es suficiente, es sólo el inicio de una prolongada tortura. Ellos se nombraron Cerezos y andan escondidos esperando el momento preciso de liberarnos de la etapa predeterminada por condición.

Carolina Barragán Ardila



Entre siluetas y sombras

Se encuentran sospechosas las siluetas púrpuras envueltas en el manto del sol.

iSon ellas!

Gritan con fuerza y odio las sombras en el balcón.

Cabellos esponjosos, pies sueltos y feroces.

Saltan y bailan. Se besan y se abrazan. iSon ellas! Gritan las niñas de la escuela. Están ahí, viendo de reojo, lanzando bárbaras palabras como un puñal envenenado. Con la intención de apagar el llamado estaban las sombras en el parque del lado. La vergüenza convertida en manto opaca su sentir empático.

iComienza en juego!

Las siluetas, cual máquina de escribir lanzan palabras en orden directo. A veces, en medio de la emoción disparan rápidas, contundentes y fugaces.

Las sombras, cual pluma sin tinta, se pierden en el corazón. Sus palabras son lujuriosas, de color oro, de valor.

Se escuchan lloriqueos en las calles, madres lamentando y padres aceptando.

Se escuchan niñxs saltar de emoción, envueltos en un instante de imaginación.

Las siluetas caen, se arrodillan. Despliegan su tenue línea en medio de la plaza. Ya no es púrpura su sangre, es de todos los colores.

Las sombras están estupefactas y sin razón se pierden entre las esquinas marrón.

Las siluetas han ganado, sus colores intensos son sinónimo de revolución.

Manuela Arredondo Silva



Caronte

- —Doctor, ¿Usted sabe que a mí me gustan las coincidencias? Es muy raro, yo siempre he sido como... ¿Cómo es que se dice eso?
- −¿Qué cosa?
- -Esa gente que es obsesionada por el orden y eso.
- -iAh! los psico rígidos.
- —Eso, psico rígidos, pero con los números y coincidencias. Por ejemplo, en mi familia pasó la poesía de la vida: mi bisabuelo recibió a mi abuelo cuando nació y mi bisabuelo murió en los brazos de mi abuelo. Para mí eso es cerrar ciclos y no esa bobada de pintarse el pelo. Yo sé que es una nimiedad, pero a esta edad lo veo como si Dante guiara a Virgilio como en agradecimiento. Es despedir con todo agradecimiento, es un privilegio, ser el Caronte del padre y guiar con la barca de los brazos a un cuerpo apagado.

Juan Carlos Restrepo Rico



El último recuerdo

Fue una tarde soleada, a mediados de septiembre. Salía de una de las bibliotecas de la ciudad con varios libros que había prestado. Decidí ojearlos bajo algún árbol en la manga que estaba al otro lado de la calle. Allí jugaban niños y corrían perros de un lado a otro. Inicié con uno que me habían recomendado en un club de lectura, al que no regresé. Se llamaba "Cartas de amor a los muertos".

Inmersa en la lectura, recordé a mis muertos y mi dolor por mis muertos, que no eran sólo mis muertos y no sólo era mi dolor. Me acosté en el césped, cerré los ojos y recordé aquellos ojos que no podría volver a mirar, esas risas que no podría volver a escuchar y esos abrazos que no volvería a recibir. Esas personas que tanto ame y que no volvería a disfrutar. Todo se estaba acumulando en mis ojos hasta que un olfato, un roce de pelo y un beso húmedo me hicieron reaccionar. Era un hermoso Golden color amarillo que quería le lanzará su juguete, posado justo a mis pies. Mis pies que ahora volaban sobre el suelo de mi habitación.

Luisa Fernanda Garcés Ochoa



Los monstruos matan de formas violentas y espectaculares

Las camionetas blancas rompían la noche como un filo. En el campamento iban y venían gritos de advertencia que ya no servían para nada. Todas las personas que allí estaban serían asesinadas de forma violenta y espectacular.

Él lo entendió, y se alegró. Se alegró porque su muerte no sería en vano. Sería una muerte tan violenta y espectacular que para nadie podría ser indiferente. Tendrían que aceptar la verdad: que lo que ellos decían era cierto, que los monstruos existen y llegan en camionetas blancas que rasgan la noche y matan a las personas de formas violentas y espectaculares. Y confiaba en eso.

Pero se equivocó. Porque la prensa miente. Y al siguiente día, del mar de sangre y gritos, sólo quedaron algunos titulares huecos, reportando un homicidio colectivo en el campamento instalado por esos jóvenes que afirmaban que existían monstruos, y que venían en la noche en camionetas blancas y asesinaban de forma violenta y espectacular.

Juliana Orrego Bernal



La Niña de Ojos Azules

Suspiro resignada, mirando el techo, pensando en todo y en nada, tratando de recordar, aunque sea un pequeño fragmento de mi vida. Simplemente no hay nada.

Quiero recordar a mamá, papá, mis amigos, quiero recordar mi vida.

Me decido por tomar una siesta.

•••

- -Hola.
- -Hola -respondo confundida buscando a la persona que me habla.
- -¿Por qué estás triste? Mi mamá dice que no es bonito —Me responde la voz de la que ahora sé pertenece a una niña con ojos azules.
- -¿Y que más te dice tu mamá? -Pregunto siguiéndole el juego. No sé quién es esta niña, pero me siento un poco mejor.
- —Que cuando vea a alguien triste le saque una sonrisa, sirve para alegrar el alma —dice con su vocecita inocente mientras toma mis mejillas levantándo-las. Me saca una sonrisa genuina que no tenía hace mucho tiempo.

•••

Me siento de golpe en la cama jadeando, sudando, con el corazón queriendo salirse de mi pecho.

Trato de asimilar lo que acaba de pasar

¡Tuve un recuerdo! y no fue ni con mamá, papá o amigos, fue con una desconocida niña de ojos azules.

Laura Sofia Cano Pulgarín



Me acaricio en la revolución de la palabra

Se desploman mis lamentos, desde los párpados que ya no me pertenecen y se vuelven goticas de soledad, memoria en las mejillas de mi rostro demacrado. Los días pasan y me pesan, la cabeza me duele a diario —quizá porque la memoria se me ha recostado en el cuerpo sin descaro—. Ya no sé a quién ni para qué escribo.

Hay noches en que no duermo bien, en que los callejones de mis incertidumbres no me permiten dormir, recostarme y descansar el corazón. La palabra se me escapa de la boca y de las manos. Se me escapan las ganas de buscar las ganas en cualquier rincón de mis tristezas.

Pero hoy, convencida de mis sensaciones, sé que esto que se ha roto en mi caminar será mi revolución. Ahora sé que pertenezco a mi voz; finalmente se me despegan los pies de la miseria y puedo reconocerme, acostada en el abismo, en la posibilidad del regocijo después de tanto dolor deshilachado e incrustado en la memoria.

Juliana García Hurtado



Todo show debe terminar

Lloré de felicidad muchas veces y no volveré a hacerlo jamás.

Interrogué a los demás, indagando si era algo que sólo yo lo había vivido, encontrando múltiples respuestas similares. Sólo hasta ahora comprendo que haya más de una razón para llorar por felicidad.

Son esas las lágrimas sensatas, esas y las que tengo ahora. Tal vez sean sensatas porque la gente las ve con respeto e identifica que ahí estás viviendo un momento inigualable, pues es el último.

En un minuto llegará a la estación mi último tren.

Siento su sonido fuerte, como el del público de aquel concierto. Su anuncio como la presentación de aquella banda. En ambas ocasiones salto, está vez hacía adelante y aunque no lo escucharé, sé que el choque de la máquina contra mi cuerpo será tan fuerte como el acorde que aquella vez me hizo llorar de felicidad y que también esta vez apagará una luz.

Andrés Felipe Peñuela Cartagena



Sólo quería desayunar

Sabiendo que una bala de escopeta estaba a punto de enviarme a tener una conversación con mi tatarabuelo, me he decidido a recordar —siempre imprudente—sobre lo que había sucedido unas horas atrás, cuando desperté no en la penumbra de la madrugada, como acostumbran los melancólicos, sino en la dura noche.

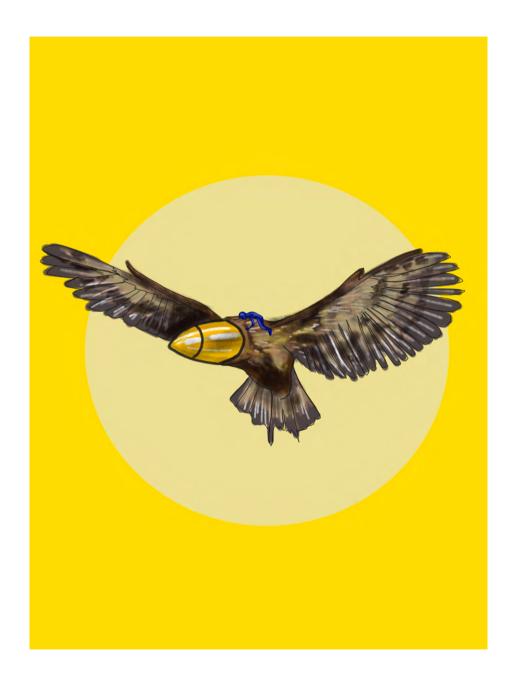
La alarma debía sonar a las 8:00 am de ese día; sin embargo, por un descuido, la puse a las 8:00 pm.

Mi sorpresa más grande no se dio cuando me percaté de la hora, sino cuando noté que no había comprado el pan para la comida "más importante del día". Me levanté para desayunar con los búhos. El panadero pudo pensar que soy un hombre organizado que compra todo con anticipación. Con esta idea, le digo que me dé su creación más fresca.

Luego de un rato, entra un ladrón con una escopeta gigante. La razón del robo era muy evidente: en cada fiesta, el panadero no escatimaba en alardear de su caja fuerte llena de ahorros. El ladrón se dirigió a mí y sonó un "click".

¿Si compraste el pan que me gusta? Me dijo la voz de un anciano que se me hacía un tanto familiar.

María Paulina Suescún Henao





CONSONANTE Corporación

